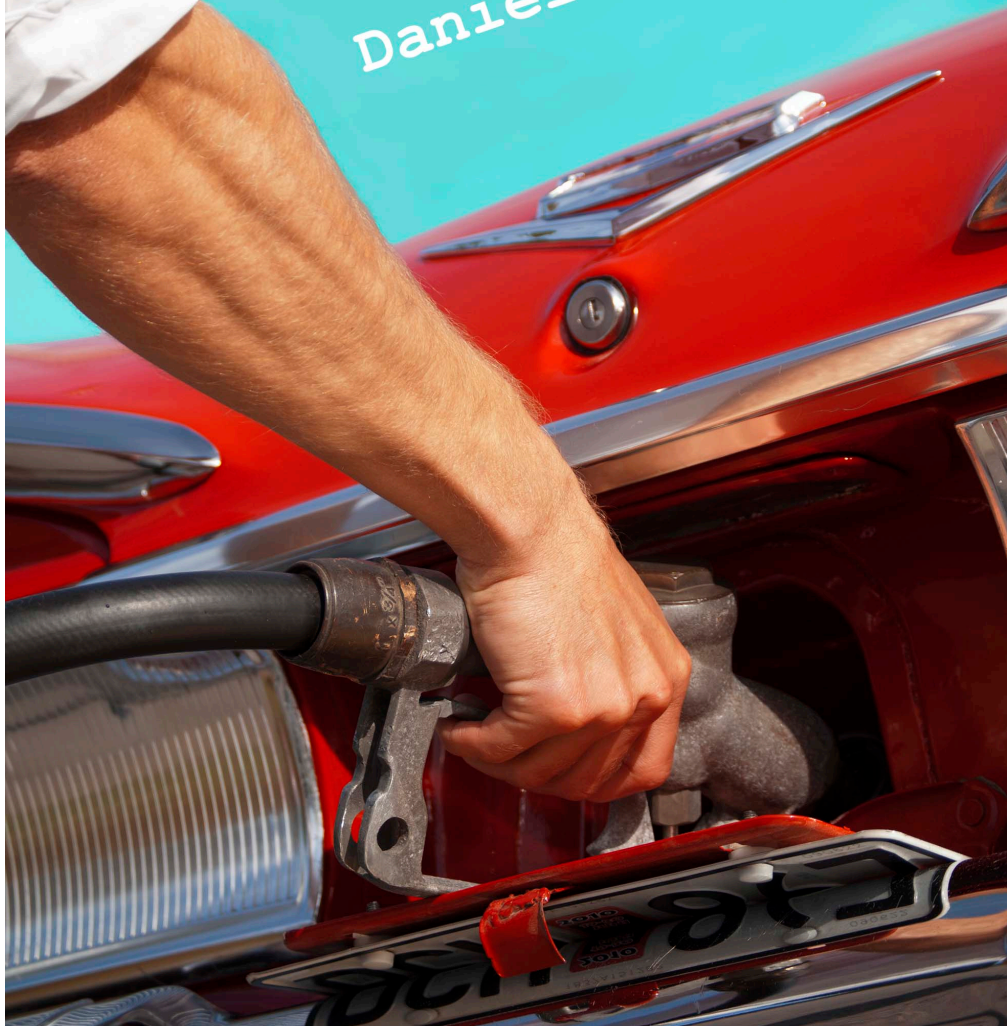


Lleno de anhelos

Daniel Wikslund



Título original

Tanken full av längtan

Adaptación al español

Ricardo Mercader

Diseño de cubierta e interiores

Ricardo Mercader

Fotografías de cubierta

Michiel van Nimwegen

Derechos reservados.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del autor.

Lleno de anhelos

*Historia basada en hechos reales
y un poco de fantasía*

por Daniel Wikslund

a mi hermano

Contenido

PRÓLOGO	3
<hr/>	
1	5
<hr/>	
UN GÜERO EN AUTOSTOP	5
LAS VACACIONES DE VERANO.	7
AL OCEANO PACÍFICO	8
TRES HOMBRES EN LA CARRETERA E4	10
LA CABALGADA	12
ENCUENTRO SOBRE EL RÍO	14
ANHELOS	17
2	19
<hr/>	
EL PRIMER AMOR	19
EL SAUNA	20
INESPERADA PETICIÓN DE MANO	21
VOLVER A LA ESCUELA	23
LA FAMILIA MEXICANA	25
LA LECCIÓN DE QUÍMICA	26
CHIQUITA	30
3	31
<hr/>	
DE AVENTURA	31
EL HOYO NEGRO	33
HAPPY FISH	36
LA BENDICIÓN DE MOCTEZUMA	39
GRAVENDAL	42
FRILAND	44
SAN PEDRO BLUES	47
4	49
<hr/>	
LA TEMPERATURA	49
LA BOLA DE BILLAR	50
EL RECUERDO	52
LÅNGFÅRDSBANDY	55
LA CARRERA	58
EL FRÍO	59
SNOWHERE	61

5	63
MI LAPONIA	63
HARRY Y ELLEN	66
EL PANTANO	67
SURBJÖRKEN	69
VIVIENDO COMO UN ALCE	71
BELLA TJAU	73
BELLA TJAU	76
6	77
NOSOTROS LOS HUMANOS	77
EL VIAJE EN TREN	80
PESCADO EN BARRIL DE VERANO	87
ELEGIR	90
NUESTRA LUCHA	93
LA GALLETA	95
VEN A MÍ	97
7	99
LA MÚSICA	99
TRABAJO Y TIEMPO LIBRE	102
EL SENTIDO Y EL SENTIMIENTO	104
EMILIO Y YO	106
SUEÑOS Y FIESTAS	107
MIS ANHELOS	111
DIENTE DE LEÓN	112
EPÍLOGO	113

Prólogo

Autobuses y camiones ruidosos pasan frente a la gasolinera en donde estoy parado, de chanclas y Levi's usados que combinan con mi camiseta desteñida. En una mano, todas mis pertenencias dentro de una bolsa de plástico arrugada, mi ropa, unos billetes de cincuenta pesos y una toalla tamaño oficio, justo para poderme sentar en ella sin que ninguna parte de mi cuerpo quede fuera. La otra, una mano libre para poder llamar la atención y saludar cuando el coche adecuado entre a la gasolinera.

Me encuentro en las afueras de la gran ciudad de Guadalajara, en México, esperando un alma caritativa que me lleve 300 Km a la playa en Manzanillo. Lleno de anhelos, espero bajo el sol cuando de pronto un coche deportivo, rojo y brillante, se detiene frente a mí. Cómo acabé aquí? De dónde vienen mis anhelos? Puede uno deshacerse de ellos?

Estas preguntas me persiguen 20 años después y siendo aún un soltero de 40 años no he encontrado las respuestas. Qué habría pasado si me hubiera quedado en Västerås después del colegio, con un trabajo bien pagado en ABB, construyendo una familia desde joven?

Y si hubiera hecho Interrail unos años más en el Mediterráneo, aprovechando mi facilidad para aprender idiomas y el deseo de más aventuras? Si hubiera continuado en la búsqueda del gran premio de la vida, conociendo personas semejantes y diferentes a mí, hasta que llegara el momento adecuado?

Qué habría pasado si me hubiera quedado en México como padre de familia, empresario exitoso y experto en encontrar lo mejor dentro de una sociedad de clases sociales que ofrece de todo?

Si hubiera elegido distinto, sería un eterno estudiante en Uppsala, un artista conocido, un fascinante guía de aventuras, un músico destacado?

O, por qué no, establecerme en el lugar más bonito de la tierra y simplemente esperar?

1

Un güero en autostop

Una voz dentro del coche me dice:

-Necesitas ayuda?

Volteo y veo dos chicas bonitas, una con los labios pintados de rojo y el cabello recogido en un chongo, la otra con lentes de sol y una brillante sonrisa latina. En la carretera, el tráfico es una nube larga y negra de contaminación y en medio del polvo aparece a mi lado esta perla pulida, como un grano de oro en las cenizas. Ojalá que vaya en mi dirección, hacia el mar, espero.

-Sí, de hecho sí. Estoy pidiendo "aventón" a Manzanillo. Van ustedes en esa dirección? Estaría muy agradecido si me pudieran llevar- les explico en mi mejor español.

Se siente bien estar en camino. Estoy en camino a menudo, no para abandonar algo sino para descubrir lo nuevo. Empacar mis cosas y salir hacia nuevas aventuras es una decisión que tomo tan rápido como el decidirme a salir a la calle y dejar la gran ciudad de Guadalajara.

Normalmente voy al primer semáforo y espero la luz roja, los coches se ponen en fila y luego delante de ellos hago autostop.

-Vas todo derecho? me das "aventón"?

Ahora había llegado a la gasolinera donde el viaje estaba a punto de iniciar.

-Claro que sí, súbete güero, nosotras también vamos para allá!- responde la de los lentes de sol.

Ser "güero" ayuda muchas veces entre los mexicanos pro-gringos. Es considerado un símbolo de estatus y despierta curiosidad. México es realmente el país de las posibilidades y los grandes contrastes, sobre todo para un sueco de 20 años a mediados de los 90s, justo antes de la revolución mundial de los teléfonos celulares e Internet.

Llenamos el tanque de gasolina, me siento con mi bolsa de plástico en el asiento trasero del coche y nos presentamos. La chica de los lentes de sol se llama Claudia y la otra, Blanca. Quemando llanta dejamos atrás la gasolinera. Vamos hacia el sur, atravesando el estado de Jalisco y la Sierra Madre, la continuación mexicana de las montañas rocosas. Los grandes anuncios espectaculares a lo largo de la carretera impresionan por su publicidad con imágenes de gente joven, de piel blanca y consumista como yo, excepto por lo de consumista.

Cerramos el "quemacocos", encendemos el aire acondicionado y empezamos a conversar. O eso esperaba yo. Soy el protagonista por ser hombre y además el invitado extranjero. Apenas puedo, paso la palabra a Claudia. La suerte me sonríe y no puedo dejar de imaginarme su mirada tras los lentes de sol, de imaginarnos caminando en la playa y enamorándonos. Imagino cómo construimos juntos una pequeña casita entre palmeras y árboles exóticos, cerca de algún arroyo. Justo como en el libro de la selva.

La voz de Blanca me saca de mis pensamientos, no para de hablar mientras revisa su bolsa, sentada en el lugar del copiloto. Hace preguntas sobre la vida en Suecia pero no me da tiempo de terminar mi respuesta antes de hacerme otra pregunta; tal vez sus preguntas son más importantes que mis respuestas. Ella defiende su integridad femenina y me deja claro que no suelen darle "aventón" a cualquiera.

Qué suerte tengo de ser una excepción!

Qué bueno es ser hombre, poder pararme solo en una gasolinera en México y tener la libertad de pedir "aventón", con todas mis pertenencias en una bolsa de plástico, pienso yo.

Pasamos el Nevado de Colima y al llegar a los plataneros nos desviamos hacia la capital. El dueño del coche es el hermano de Claudia, un mexicano joven y alegre con sombrero y botas de piel. Se presenta como Iván y tiene un extraño tatuaje en el pecho, una iguana verde con traje de baño a rayas negras y amarillas. Iván toma el control del volante y Claudia se pasa atrás, compartiendo asiento conmigo. Se quita los lentes de sol y me hundo en su mirada profunda mientras platicamos de cosas irrelevantes.

Iván nos lleva a dar un paseo por la ciudad para lucir su coche nuevo ante los amigos y conocidos y posiblemente, también para lucirme como una especie de trofeo. El hecho de que soy un simple viajero en autostop ha quedado atrás y muy pronto soy aceptado como uno más del grupo.

El viaje continúa hacia el mar de Manzanillo y la radio toca cumbia con percusiones lentas y pegadizas. El calor tropical y la humedad dan una sensación de libertad y dentro de mi yacen mis anhelos por vivir un gran amor con Ella. Ella, que está aquí a mi lado, en el asiento de atrás. Ella, que compartirá mis sueños y llenará mis anhelos.

Una hora después llegamos al Océano Pacífico.

Las vacaciones de verano.

Cada año, a principios de julio, cuando el sol de media noche coincidía con las vacaciones escolares y laborales, los tres empacábamos las maletas en un viejo Ford Taunus y manejábamos a Laponia para regresar y pasar las vacaciones de verano.

Los 1300 kilómetros entre Västerås y Vittangi debían ser atravesados con las mismas y rutinarias paradas para comer y hacer pipí. Mi papá siempre llevaba pantalones de campo verdes y una camisa roja a cuadros, una valija con otro cambio de ropa igual, dinero en efectivo y un neceser con todo lo que le podía hacer falta. Había sido contratado desde joven por el equipo IFK Västerås como jugador de fútbol, comía carne y patatas sin verduras y no creía en Dios.

Mi hermano Rickard y yo habíamos dejado las peleas atrás, resignados a que ninguno de los dos podría convencer al otro sobre quién tenía la razón y sobre eso ningún cambio estaba a la vista. Él caminaba en el bosque con mapa y brújula en mano mientras yo tarareaba una melodía unos pasos atrás de él o delante de él pero siempre concentrado en la melodía que salía de mi boca y aún más en no perderlo de vista. Mientras Rickard siguiera ahí yo sabía que la dirección era la correcta, al menos según el mapa.

La cajuela del coche se cerró con un clásico portazo y mi papá mostró su mejor sonrisa cuando felizmente pronunció una de sus frases típicas:

"-Hårda bud i Mellerud, men värre var det i ..."
(Hay mandamientos duros en Mellerud pero eran aún peores en...)

Y ahí teníamos que terminar la frase con la rima de

"-Gällivare"

Y con esta frase nos impulsaba a seguir la rutina. A la gasolinera y después hacia el norte. Pero en algún lugar dentro de mí empezaba a crecer un anhelo de inventar algo aún más divertido que hacer en las vacaciones de verano.

Al Océano Pacífico

-Johan! -grité- He llegado! Te ves en buena forma. Te han dado de comer?

Mi mejor amigo está siempre feliz, siempre feliz aún cuando esté triste. Dos jóvenes igual de pobres y despreocupados. Johan se quedaba en la casa de la playa, la misma a la que llegamos cuando veníamos de "aventón" al mar.

Aquella vez nos llevó un camionero que iba toda la ruta y al primer intento. Terminamos sorprendidos en chanclas en algún lugar en las montañas, a la mitad del viaje, cuando nuestro chofer decidió tomar una siesta en una hamaca amarrada entre dos eucaliptos. Nos dimos cuenta que para la siguiente vez sería mejor separarnos para viajar en coche, mucho más rápido y por la carretera de pago que viajar con aquellos que van despacio, por la libre llena de curvas, que toman una siesta en la tarde y llegan hasta el siguiente día.

Después de la siesta del chofer nos despedimos de él en la siguiente gasolinera, conseguimos aventón en un coche más cómodo y fuimos hospedados por una familia mexicana, tan hospitalaria como muchas, en su casa en la playa.

Y ahora para este viaje nos la habían prestado. Era de dos pisos con jardín, a dos minutos de una playa tropical con pelícanos y pescadores locales en el Océano Pacífico.

-Si, ya he comido. Las papayas en el jardín están maduras y luego he intercambiado algunas por unos huevos. He comprado patatas en el mini súper. Tengo suficiente para varios días.

-Perfecto! Entonces ya completamos la pirámide alimenticia. Ahora ponte los pantalones y la camisa y acompáñanos al pueblo! Nos esperan en el coche nuestros nuevos amigos.

Íbamos apretados en el asiento de atrás. Por suerte, la dieta de Johan había reducido su cuerpo a lo más delgado que jamás volvería a estar y bueno, el centro de Manzanillo estaba solo a quince minutos en coche.

Claudia, Iván, Blanca, Johan y yo nos estacionamos a una cuadra del Zócalo, la plaza que se llena de vida, pájaros y movimiento cada noche de viernes, como hoy. Los hombres jóvenes caminan en círculo alrededor del kiosco hacia su izquierda y buscan, entre tantas mujeres jóvenes que caminan en dirección contraria, a la mujer de sus sueños y sus anhelos. Una vez que la encuentran le entregan una flor. Si ella guarda la flor a la siguiente vuelta y sus miradas se vuelven a encontrar, el sueño sigue vivo y ambos anhelan.

En México le corresponde al hombre iniciar el avance de la relación con una mujer. Hacerse el difícil, esperando a la mujer adecuada, raramente es exitoso. Se trata de atreverse, pero no demasiado.

Me extiendo sobre la mesa del restaurante de la plaza y dejo mi mano rozar su brazo como un vibrante soplido de viento. Ella me ayuda con miradas invitadoras y comentarios de esperanza. Retiro las espinas de su pescado, ella comparte su guacamole y agua roja hecha con la flor de Jamaica.

Yo insinúo que estoy soltero, ella me dice que también lo está. Propongo desayunar en la casa de la playa, ella lleva rollos de canela de la panadería. Dibujo un mapa mundial en la arena y ella me enseña más palabras en español. Nos metemos juntos en el Océano Pacífico y acabamos abrazados después de cruzar las olas. Mi pequeña toalla no alcanza para los dos y ella me hace un lugar a su lado, en su toalla grande, bajo el sol.

Empezar una nueva vida junto con alguien de una cultura ajena es algo que puede resultar en un choque de costumbres. Siempre he tenido gran fascinación por culturas extranjeras. De pequeño me quedaba dormido con anhelos, hojeando un atlas en la cama. Ahora de adulto me despiertan los mismos anhelos.

No buscaba un choque de culturas, sólo descubrirlas. Quería compartir con alguien la misma alegría que no existía ni en Västerås, ni en Laponia. Ahora finalmente tenía la oportunidad de descubrir, de descender suavemente, de aprender. Iba a ser uno de ellos. Ser mexicano!

Tres hombres en la carretera E4

"-Hårda bud i Mellerud, men värre var det i ..."
(Hay mandamientos duros en Mellerud pero eran aún peores en...)

"-Gällivare"- respondió Rickard, que también estaba de buen humor.

Mi papá llenaba siempre el tanque por completo, pagaba siempre en efectivo, nunca usaba tarjeta bancaria, ni teléfono celular o Internet, cuando llegaron esos tiempos. Siempre escuchaba el último reporte del tiempo después del noticiero deportivo para saber lo que se estaba perdiendo en Laponia.

En la cocina de mi papá había cuatro sillas verdes de madera y una mesa. Sobre la mesa, un mantel angosto y terrones de azúcar en un tazón de cobre con tapa. En el techo colgaba una lámpara anaranjada, muy de los 70s. Un tapete de plástico y un congelador adornaban el piso y en la pared había un diagrama donde se podía leer que la temperatura media en Västerås era exactamente 1.9 grados sobre cero en noviembre.

Éste era el cuarto más acogedor para mi papá y ahí a veces comíamos guisado de hígado hecho en casa y tomábamos una deliciosa bebida de arándanos, preparada por nosotros. La cafetera roja y las galletas del supermercado cooperativo nunca faltaban en la mesa cuando teníamos visitas.

Mi hermano Rickard no tenía novia. Tal vez no se preocupaba mucho por eso. Cuando terminaban las heladas, Rickard sembraba patatas en las laderas que dan al sur. Elegía los lugares en donde el suelo era más fértil, sin importar si era dentro de la ciudad de Västerås o en un sembradío de patatas. Era un hombre que seguía la lógica saludable de la naturaleza.

El buen comportamiento y la etiqueta de los ciudadanos no le interesaban a Rickard. Simplemente caminaba a lo largo

de los senderos y caminos para bicicletas, en parques y entradas del bosque, con una cubeta de patatas en una mano y una pala en la otra.

Enterraba sus granos de oro en los mejores lugares con la persistencia de una ardilla pero esperaba tener una mejor memoria que ellas y poder recordar en donde las había sembrado cuando llegara la cosecha después de las vacaciones de verano.

El mejor lugar para sembrar patatas resultó estar mucho más cerca de lo que se podía creer: abajo del balcón francés de Rickard. Ahí crecían como en el trópico. Las sobras de comida y otros desechos orgánicos del segundo piso caían en el mismo lugar y enriquecían la tierra con un súper abono natural.

Tenía una regadera siempre preparada en la puerta del balcón que rociaba a las patatas más cercanas con algunas benéficas gotas de agua cada mañana, después del desayuno.

La E4 es una larga carretera europea que corre por la costa norte de Suecia. Viajar en ella da tiempo de pensar en muchas cosas; hacia dónde vamos y por qué. Cruzar el Río de Ångermanland es grandioso y espectacular. Da una sensación asombrosa, cualquiera que lo hace se siente más fuerte y más sabio. Estás en camino hacia la aventura y quieres vivir más intensamente, igual a lo que sientes al ir en una lancha en el Río Tornio arriba de Vittangi, nuestro destino final, una noche de agosto poco antes de formarse la niebla sobre la corriente de Soitola y sentir que el tímalo más grande del verano acaba de morder el anzuelo.

El camino va encima del puente Sandöbron que durante su construcción se llevó la vida de 18 víctimas justo el día antes de que iniciara la segunda guerra mundial, el 1 de septiembre de 1939. El accidente pasó desapercibido entre las noticias de las tropas de Hitler invadiendo Polonia. La historia de la humanidad corresponde a solo un milímetro en una cinta métrica de dos metros. Aún así hemos peleado por muchas cosas. Sobre quién tiene el derecho de poseer la tierra, quién llegó primero a la luna y qué dios nos puede dar consuelo y una vida eterna.

Retamos a las fuerzas de la naturaleza y construimos el puente enorme de la costa alta Högakustenbron. Una vista alucinante que dice que el hombre es el ser más fuerte en la tierra y sin embargo, a un tiro de piedra un

conmover el monumento nos recuerda a los manifestantes asesinados en Ådalen.

Tan fuertes pero tan débiles ante nosotros mismos.

Mi papá escucha el reporte del tiempo en la radio del coche mientras conduce sobre la E4. Rickard está sentado adelante y yo atrás en el Ford Taunus.

Me pregunto cómo será regresar a la escuela después de las vacaciones de verano, a finales de agosto. Me atreveré a preguntarle a la chica que me gusta si quiere ir al cine? A ella, con quien siempre sueño? Nos daremos un abrazo y la promesa de vernos otra vez al siguiente día? Hacernos novios y estar juntos para siempre?

La cabalgada

Un mexicano de verdad debe tomar cerveza, saber manejar un tractor y montar a caballo. Un día decidimos ser mexicanos de verdad. Deberíamos de haber llevado botas de piel, sombrero y bigote pero Johan y yo pensamos que la apariencia no tenía gran importancia.

Pisamos a fondo el acelerador de nuestro "vocho" (así le dicen al Volkswagen sedan en México) atravesando los altiplanos mexicanos y llegando a Durango nos dirigimos con la mirada fija al mejor puesto de tacos de la ciudad. Bueno, bonito y barato. Johan siempre era un poco más mexicano que yo y pidió cerveza clara mientras yo tomé agua de tamarindo que era la del día.

Desde la banca en el parque mirábamos pasar vendedores, limpiabotas y jóvenes en sus uniformes escolares. Y ellos nos miraban a nosotros también. Era una tarde mexicana totalmente normal.

Como suele pasar en México nos ofrecieron una gran cantidad de productos sin sentido, pero un anciano que se presentó como el señor Maldonado despertó nuestro interés. Era pequeño y casi se le veían los huesos.

-Buenos días caballeros! Les falta algo por hacer el día de hoy? ya que cualquier día puede ser su último en la tierra.

Su sombrero y ropa antigua nos hizo confiar en él. Se paró frente a nosotros mientras relajadamente respondía los saludos de la gente que pasaba.

-Yo quiero manejar un tractor- respondió Johan.

Pensé que era una actividad tranquila, perfecta para el estilo italiano de Johan y estaba de acuerdo en que sería bonito un paseo en tractor.

Dicho y hecho! Antes de que el señor Maldonado desapareciera nos consiguió un tractor y cuando el paseo acabó queríamos continuar con algo más retador. Entonces vimos los dos caballos al fondo del campo seco.

-Probamos?- pregunté a Johan.

Llamé a los caballos atrayéndolos con sonidos y paja en la mano. Nos paramos sobre el tractor y sin pensarlo estamos cada quién montados en un caballo, a pelo.

Con ambas manos sobre las crines empezamos a trotar lentamente hacia el campo y no aguanto las ganas de exclamar un "Arre, arre!" como en las películas de vaqueros. Mi caballo reacciona de más a la señal y empieza a galopar. Salto arriba y abajo inclinado sobre la crin y me agarro fuertemente al cuello del caballo.

Entonces veo a Johan pasar a pleno galope, apenas agarrado con los brazos del cuello de su caballo y con una pierna alrededor de su nuca. En una carrera de vida o muerte nos aferramos a diferentes partes de nuestros caballos para evitar caer contra los terrones duros como piedra y así matarnos. Era como una película de vaqueros transformada en una serie de caricaturas donde los personajes son torcidos, exprimidos y desgarrados en pedazos pero siempre vuelven a su forma original al final.

La velocidad aumenta más y más y veo una cerca de alambre de púas acercándose en cámara lenta. Veo en mi interior cómo los caballos vuelan lentamente por encima de ella, mientras ya no podemos sostenernos y terminamos tirados contra las espinas oxidadas. Esta visión de circo sin final feliz me ha invadido cada pensamiento con el miedo de que nunca más encontraremos nuestros cuerpos con su forma original.

En el próximo instante todo se acaba. Los caballos se encarreran pero dudan en el último momento. Frenan en lugar de dar el gran salto de su vida encima del alambre

de púas, hacia la libertad. Me suelto, me bajo resbalando desde el lomo del caballo, me relajo... y siento húmedos mis pantalones.

Hasta ahora me doy cuenta que Johan no está. El jinete caído se quedó a 100 metros sobre los terrones cortantes y quemados por el sol en los altiplanos mexicanos, como un soldado muerto en el campo de batalla, mientras los caballos se miran entre ellos preguntándose quién ganó.

Johan fue curado y vendado por una benévola familia duranguense que con todos sus parientes nos invitó a celebrar juntos la navidad. Mi maltrecho amigo comió su cena navideña en la cama y tomó jugo de fruta colado con popote. Después de una semana seguimos en nuestro "vocho" hacia nuevos retos. Después de dos meses Johan estaba totalmente recuperado.

Encuentro sobre el río

Bajo la ventana de la casita en Soitola fluye el grandioso Río Tornio y deja un camino de agua despejado que siempre se vuelve a llenar. Aquí no hay plantas hidroeléctricas que sumerjan los valles o eviten a los salmones remontar 300 kilómetros desde el mar.

Una tarde calurosa me encuentro acostado tomando el sol en la lancha que está anclada en la vaguada del río. Con una rama de abedul como mi caña de pescar entre el pie y la borda y con un libro en la mano flotan mis pensamientos mucho más allá de la realidad de un joven de 15 años.

Mi papá y mi hermano se han ido a Kiruna para reabastecerse y visitar a nuestros familiares. No he visto ninguna persona en varios días, ni a mí mismo en el espejo. El golpe de las olas en la lancha viene acompañado por un sonido rítmico de algo golpeando el agua y unas exclamaciones imperativas en un idioma extranjero que me despiertan de mis sueños.

*-Ein Boot ohne Kapitän!
(Un barco sin capitán!)*

Pienso que debe ser alemán. Recién despertado me paro en la lancha solamente en traje de baño y pierdo casi el control de la caña de abedul.

Dos aventureros alegres se acercan en una canoa y casi se voltean de la sorpresa al verme aparecer. El tiempo se detiene por un instante y busco una frase alemana para saludar.

-*Guten Tag!* - saludo con alegría.
(*Buenos días!*)

-*Ah! Du hast ja ein schönes Schläfchen gemacht! Ah!*
(*Has tomado una buena siesta!*)- dice uno de ellos sonriendo.

-*Ja, ich sonne mich und fische.*
(*Sí, me bronceo y pesco*)- contesto inseguro de mi alemán.

-*Was für einen wunderbaren Platz du gefunden hast!*
(*Qué lugar tan bonito has encontrado!*)

Uno de los alemanes se agarra de la borda de la lancha para no dejarse llevar por la fuerte corriente y perderse de una conversación interesante con un muchacho pescador, un auténtico lapón.

Observado por sus curiosas miradas decido hacer mi mejor esfuerzo para ser agradable.

-*Ja, sehr! Wiedersehen!*
(*Sí, mucho! Hasta luego!*)

En este momento era todo lo que recordaba de mis clases de alemán.

Pensé que sonaba bien y casi rimaba, casi como "Bien, muy bien!". Realmente quería invitarlos a comer timalos, peces salmonares, recién hervidos en la casita pero ellos interpretaron naturalmente mi "*Wiedersehen!*" como un fin de la conversación y respondieron con una frase educada de despedida. Típico! Cuando se presentan las posibilidades, éstas te toman por sorpresa y todo termina antes de siquiera empezar. Cómo iba a estar preparado para una conversación en alemán cuando me acosté para descansar en la lancha con el sonido del Río Tornio en los oídos, pescado recién hervido en el estómago y el sol en la cara?

Me siento como un esquimal que no conoce más allá que aquello que se ve desde su medio de transporte ártico acuático.

Los alemanes bajan rápido con la corriente y me saludan con un remo. Yo también los saludo y me acuesto de nuevo para dormir pero en algún lugar dentro de mí siguen creciendo mis anhelos. Mis anhelos de descubrir. Si dos turistas alemanes han podido encontrarme aquí en Soitola, yo también podré ir a donde quiera en el mundo. Voy a aprender varios idiomas, me digo.

El próximo verano, después de terminar el colegio... y me quedo dormido otra vez.

Sueño con lugares exóticos, con mi tío Per-Erik, el aventurero. Dicen que emigró desde Laponia hasta México cuando mi papá era pequeño. Me pregunto cómo sería realmente estar ahí.

Anhelos

Quiero salir
Quiero vivir
Quiero alejarme de aquí

Soy dolor
Soy calor
Soy anhelo en ti y así persistiré

Invierno, niebla, evoca mi deseo
De una noche veraniega
Anhelos, sueños, susurran al oído
No me alejaré de ti

Puedes, quieres, dejarme
entonces qué será de ti
Sin anhelos, ni sueños, la vida se detendría
No tendría razón de ser

Soy el pez que salta frente a ti
Anillos de agua, tibia noche de verano
Desordenó tus pensamientos
Cosquillas en tus pies

Soy el viento que arranca las hojas
Frente a tu ventana
Una noche de otoño
Cuando apagas la luz

Anhelos, sueños, susurran al oído
No me alejaré de ti porque
Sin anhelos, ni sueños, la vida se detendría
No tendría razón de ser

2

El primer amor

Su piel de chocolate junto con mi cabello de mantequilla nos hizo una pareja llamativa. Lo último que quedaba de mi añoranza de casa en Suecia se dejó llevar con las olas que nos llenaron de curiosidad acerca de nuestras diferencias. Sus pestañas tan tapatías como solo en Guadalajara y esos ojos oscuros y misteriosos hicieron que los míos azules lucieran aún más. Hasta los dormidos por resaca de tequila se despertaban y volteaban a mirarnos cuando caminábamos en el viejo barrio donde ella vivía.

Santa Tere es un típico barrio mexicano con un mercado lleno de movimiento y olores. Ahí caminamos entre fruta y verdura de diferentes colores, quesos frescos y carne recién cortada. Después llegamos al núcleo. Un ruido persistente de ollas y cucharones, invitaciones en tono imperativo "Pásele, pásele!" y la dinámica repetitiva que no para del menú del día.

Lo mejor de la comida mexicana es sin duda las salsas y los guisados. Todo se sirve con frijoles y tortillas de maíz, pero lo que más perdura es el sabor de diferentes chiles. El secreto no es el chile en sí sino cómo prepararlo. Hay que ahumarlo, escaldarlo, secarlo y cocerlo según las viejas recetas de platillos que los europeos nunca vamos a entender.

Los domingos son para comer con música en vivo. No por cantantes académicos de ópera, sino por viejitos de piel arrugada que tocan encantadora y desafinadamente trompeta, guitarra, violín y contrabajo. Nosotros nos unimos a cantar en el estribillo que habla sobre la vida en las faldas de la Sierra Madre acompañados por los viejitos. El ruido de los cucharones y las ollas son las percusiones de la orquesta. Nos quedamos atrapados en la canción sobre el trabajo duro, la palabra de honor y el anhelo de las generaciones pasadas.

Después del último acorde todos estamos bajo tierra, traicionados por falsas promesas, dentro de ataúdes rústicos con una canción mexicana en nuestros labios. Junto a la cruz llora nuestro gran amor y sus lágrimas riegan un nuevo cactus que echa sus raíces, crece y

apuñala con sus espinas los sueños de un infeliz amor de generaciones por venir.

El sauna

El primer sauna fue construido con troncos de pino en los bosques de Laponia. Un cuarto común para limpiarse y estar sentados en bancas de madera en varios niveles, como en un teatro. Desnudos, mirando hacia el frente, escuchamos el crujir de las brasas en la chimenea que nos habla de viejos tiempos y tiempos que vendrán.

El sauna en Soitola es una vieja casa de troncos que una vez fue morgue y estaba en el rancho de mi abuelo en Vittangi hasta que un invierno fue trasladada sobre la nieve. Visitar el sauna es obligatorio en Laponia. Nuestra fuerza profunda y primitiva necesita salir de alguna manera. Tenemos que hacer fuego y sudar.

Desde tiempos antiguos nos fascinamos por el fuego, su poder de calentar e iluminar pero también su capacidad para devastar y transformar a la persona más gentil en un insensible pirómano. Todo hombre se emociona cuando se trata de hacer fuego, como un pequeño muchacho que se esconde tras una puerta para asustar. Es este el momento que determina quién elige ser pirómano de verdad y quien solo anhela a retar a la fuerza de la naturaleza. Señores nobles y gente normal se encuentran en el sauna en el mismo nivel. Desnudos somos todos iguales.

Mi papá, mi hermano mayor y yo no escatimábamos en leña para la chimenea, ni en agua para bañar las piedras calientes y crear el vapor agradable que nos limpiaba.

Nos fregábamos fuertemente las espaldas creando un vínculo familiar que nunca se pronunció en palabras. Después, el ritual de tirarnos al río y todo acababa.

Inesperada petición de mano

Lo primero que pensé cuando llegó el mensaje era que alguien había muerto o estaba cerca de morir. La fiesta de barbacoa acababa de empezar. El caliente sol mexicano iba a iluminar los espinosos cactus todavía un poco más antes de ponerse detrás de las cúspides de la Sierra Madre.

Tortillas y cebollitas eran volteadas sobre las brasas continuamente por mis amigos. Su calor y amistad me hicieron sentir un poco más mexicano, un poco más como ellos; si es posible aún más libre y feliz de lo que ya era.

Alguien había traído su secreto familiar a la fiesta, una salsa casera de chile chipotle. La probaríamos con las sábanas de res que ya estaban a punto de servirse y se nos hacía agua la boca. Justo en ese momento llegó un mensaje de ella que decía "Vente de prisa a la ciudad".

Todos estaban sentados en un círculo de sofás en la casa de sus padres. Los hombres tenían la cara seria y decidida mientras las mujeres estaban más bien inquietas y nerviosas. No entendía que yo era el motivo de esta gran junta nocturna.

-Buenas noches!- saludé con una sonrisa como solía hacer.

-Buenas noches!- contestaron todos en coro y la situación parecía normal.

Excepto que su papá también estaba ahí, silencioso en un sillón. Y lo extraño no era que estuviera él sino que yo estaba en el mismo cuarto que él en público.

El señor realmente era un hombre social y bromista pero para defender su tradicional posición como padre de familia que era, prefería no exponerse a mi presencia.

Era afable y simpático con cualquiera menos conmigo. Yo era una amenaza que podría llegar a ser parte de la familia y echar a perder el orden. Quizás él se preguntaba cómo podría un joven sueco responder a sus expectativas de pensar igual? Cómo podría compartir su patriarcal punto de vista y siempre estar de acuerdo con todo lo que él dijera?

Nadie sabía nuestro secreto excepto su vecino, súper comprensivo y homosexual. Ella como católica, soltera y embarazada iba a perder su reputación. Casarse y después divorciarse tampoco era una opción. Eso y poco más era prácticamente todo lo que yo sabía acerca de planificación familiar mexicana. Hasta que llegó el día que nosotros mismos estuvimos ante esa decisión.

Su mamá gentil y comprensiva rompió nerviosamente el silencio en el círculo de sofás y dijo:

-Don Marcial quiere saber tus planes de trabajo y para el futuro.

-Pero ya lo saben. Enseño inglés y espero poder hacer otras cosas cuando termine la Universidad -contesté.

-Ah sí, está bien- dijo la mamá.

Don Marcial carraspeó y continuó:

-Por mí puedes ser cualquier vendedor de nieves, con que sepa que eres un hombre honesto.

-Pero yo trabajo de todos modos como profesor de inglés- contesté confundido.

Después de esta réplica parecía que todos los demás sabían lo que yo no entendía. Por qué todas estas preguntas de repente? En ese momento la mamá vino al rescate de los dos.

-Don Marcial y yo hemos entendido que te quieres casar con nuestra hija.

Así que eso era, pensé. Parecería que era a ellos a los que tendría que preguntar y no a la hija, o al revés, o a ambos o lo que sea.

-Así es. Nos queremos casar.

No podía encontrar las palabras correctas. Preguntar si me darían la mano de su hija. Hasta donde sé, somos ella y yo quienes decidimos si casarnos o no. Cuando todo había terminado y le pregunté cómo nos había ido parecía bastante satisfecha. En cambio a mí me tomó completamente desprevenido esta inesperada petición de mano y me sentía un poco decepcionado. No solo por haberme perdido la fiesta de barbacoa sino también por la posibilidad de haber hecho este evento un poco más especial.

Su sueño estaba cerca de cumplirse, al mismo tiempo que mis planes de un joven enamorado de 21 años cambiaron de dirección. Compré un anillo y ella era feliz.

Volver a la escuela

Las vacaciones de verano se acabaron. El trío se iba a casa. Unos cientos de buenos timalos del Río Tornio habían sido pescados, cocidos y digeridos. Cien kilos de *hjordron*, fruto también conocido como el oro del bosque por su delicioso sabor y la dificultad de obtenerlo, habían sido recogidos sobre pantanos suaves y transportados a través de bosques con aroma a pino.

Iban a congelarse, después de sus 1300 kilómetros en un Ford Taunus, venderse en Västerås y servirse en restaurantes lujosos.

Con el tanque lleno dejamos la gasolinera en Vittangi, el sol de media noche y el campo despoblado. En el coche nos acompañaba la melancolía y las pocas palabras.

Volver a la escuela era igual de emocionante cada año después de las vacaciones de verano. Qué iban a contar los compañeros? En mi escuela-conservatorio de Fryxellska, viejos alumnos fueron sustituidos por nuevos.

Ahí, durante seis años y desde los diez, tuvimos una dosis diaria de música aunque ya desde los cinco había empezado mis clases de violín. Fuimos entrenados inconscientemente a adaptarnos a las leyes fundamentales de la música, donde el coro a cuatro voces tiene que entonarse en común con una melodía para comunicar su misterio. Pronto mi interés por el violín iba a quedar dormido y no volvería a despertar hasta diez años después gracias a un músico mexicano tocando un *csárdás* húngaro en un restaurante de Puerto Vallarta.

Caminábamos con zapatos de invierno llenos de nieve desde Skepparbacken. Desgastábamos escaleras de piedra de 100 años, con fósiles incrustados haciendo eco, mientras nos dirigíamos hacia arriba en la torre negra para las lecciones de coro. Lilas perfumadas adornaban los caminos para bicicletas que llevaba a la sala de conciertos donde cantábamos el salmo sobre el verdor del verano que nos esperaba justo antes de las vacaciones.

Nuestras giras de la celebración de Santa Lucía iban por toda la ciudad durante tres días en diciembre y ganamos más dinero del que gastaríamos en nuestro viaje a Yugoslavia. En mis pensamientos se proyectaba una película sobre anhelos y la música de fondo era el canto del coro de la escuela y las canciones de Michael Jackson que escuchábamos en nuestras fiestas.

La había seguido en secreto con la mirada por cinco años, desde el primer día con el grupo. Cuando ella pasaba la temperatura se elevaba un poco en el pasillo. Donde ella estuviera sentada en el salón era un poco más emocionante. Su voz era más bella que las demás y sus ojos brillaban como ningunos. En qué pensaba ella? Debería preguntarle así nada más? Cómo se hace?

Mi papá ponía apuestas de fútbol cada semana. Se había ganado 10,000 coronas con el premio mayor una vez en 1969, compró una lancha y equipo de pesca. Treinta y tres años después de jugar cada semana con la misma combinación, se ganó el premio mayor otra vez. Esta vez fueron 72,000 coronas y se compró un coche nuevo. "Finalmente ahí la llevo!" y comprobó que sus cálculos eran correctos. "Siempre con la misma combinación y es solo cuestión de tiempo hasta que gane de nuevo", pensó.

Yo en cambio era demasiado ansioso como para creer que por la ley de las probabilidades todo pasa eventualmente.

Qué es más fácil, predecir la lotería o entender a las muchachas?

Porque en nuestro trío de hombres jamás se hablaba de mujeres y menos de cómo relacionarse con ellas.

Mi papá, Rickard y yo limpiábamos arándanos juntos y en el mejor de los casos jugábamos a las cartas. Tal vez nuestra escasa decoración del hogar o la falta de presencia femenina era la razón de mi torpeza para cortejar a una muchacha que me gustara. Ella era como un espejismo en el desierto y yo como un mensaje en una botella en el mar. Cuanto más segura era ella, más inseguro era yo.

Hasta un día que decidí no esperar más.

La familia mexicana

Ciertos domingos nos quedábamos en la ciudad y comíamos pozole con su familia. La sopa mexicana de maíz nos unía y yo ganaba rápidamente valor ante la mirada de su papá. Antes de la boda yo era un estorbo en su imagen familiar pero después no había problema. Por lo menos hasta que nació nuestro hijo de 3.5 kilos y tan solo siete meses después de la boda. Aunque parece que en México casi todos los sietemesinos se ven como de nueve. Ella tuvo que pedir perdón por sus pecados y como castigo nos quedamos sin pozole medio año. Después se restableció la paz familiar.

La buena vida al final no pudo ser mejor. Una esposa contenta, un hijo sano y alegre. Ella cambiaba los pañales y calentaba los biberones antes que yo alcanzara a parpadear. Yo me hice un experto en joyas de vidrio, cobijas de lana, cerámica, fruta deshidratada, bolsas de piel, carpintería y otros experimentos divertidos, todo para mantener a mi familia. Los negocios iban de maravilla. Mis plátanos de vidrio colgaban de las orejas de los actores en la serie "Tres coronas" en la televisión sueca. Aprendí que se puede vender cualquier cosa con la publicidad adecuada, hasta lo que menos necesitamos. Con la fuerte voluntad de una hormiga y el efímero optimismo de una libélula no existen límites.

Ella preparaba a menudo rajas de chile con patatas, queso y lomo, mi plato favorito. Yo cocinaba una vez por semana e invitaba a nuestros amigos a cenar. Sus amigas la felicitaban por haber elegido un hombre tan moderno y hogareño. Uno que sabe cocinar.

Cada fin de semana visitábamos lugares y los tachábamos de nuestra lista de excursiones deseadas mientras agregábamos más. Llenamos el tanque de gasolina y dejamos Guadalajara para dirigirnos a playas tropicales y bufetes de langosta. Montamos a caballo en las montañas y comparamos restaurantes en ciudades coloniales españolas.

Yo siempre anhelaba hacer más y ella estaba dispuesta a hacer todo lo que yo quisiera.

A veces me quedaba pensando en cuál era la razón de que ella no anhelara. Decía que estaba contenta si yo lo estaba. Casada y con hijo. No se necesitaba más mientras yo no necesitara algo más. Empecé a sentirme diferente.

Un poco más sueco tal vez, europeo o extranjero por lo menos. Yo andaba en sandalias en lugar de botas calientes de piel. No usaba gel en el cabello, ni perfume. Prefería comer pescado y verduras en lugar de menudo y carnitas.

Pero, sobre todo, no terminaba mis frases con "si Dios quiere".

Por qué iba a ser como los demás? No quería ser católico, ni incluirme en alguna otra religión organizada. Ya no anhelaba retar a las dificultades o aceptar las diferencias. Anhelaba otra cosa. Solamente ser yo. Solo o junto a alguien que quisiera compartir la búsqueda de nuevas aventuras conmigo.

Ya no quería estar aquí.

La lección de química

Cuando ya no se quiere esperar hay que aprovecharse de la ocasión adecuada. En la primaria los chicos y las chicas noviabán y se pedían *chans*. En la secundaria ya no lo hacen, aunque quieran aún más. Entonces hay que encontrar otras formas de relacionarse.

Nuestro profesor de química era un hombre tranquilo que no daba mayor prioridad a la disciplina en el salón. Él era un químico dedicado que se ocupaba estrictamente de la química en las lecciones. Lo mejor de la química eran los laboratorios porque trabajábamos en grupos pequeños.

Equipados con lentes de protección y varillas de vidrio como agitadores, buscábamos tener contacto con las muchachas bajo las circunstancias que puede ofrecer una lección de química. La sensación era comparable con la de socializar en una fiesta de cocteles unos años después y las batas blancas nos hacían sentir un poco como en el teatro. Cualquier cosa podía pasar cuando experimentábamos con los químicos en los frascos de vidrio y era uno de los momentos clímax de la semana que no queríamos perder.

Finalmente acabamos ella y yo en el mismo grupo. Ahora tendría que aprovechar la ocasión de acercarme un poco más.

Divertirnos sin pensar en nada más, sin esperar nada más que pasárnosla bien; porque cuando es así tienes todo que ganar... pero cuando quieres algo más tienes mucho que perder.

Y yo quería algo más.

Nuestra tarea era averiguar, con algunas pistas, cuáles elementos químicos estaban en nuestros tubos de ensayo. Cómo estos polvos "X y Y" reaccionaban al contacto y después averiguar el por qué. Los grupos más eficientes y dedicados a la tarea llamaron la atención cuando salió fuego de sus probetas de experimento.

La lección pasa tan rápido como el principio de una fiesta una noche agradable en buena compañía. Nadie se queja de la escuela y nuestro buen humor está al máximo.

Estamos atrasados en la tarea del grupo pero siento que en mi cabeza hay un hervidero de pensamientos y posibilidades; y si continuáramos el experimento después de la escuela, sólo ella y yo? Qué buena ocasión sería de seguirnos viendo.

Saco dos envases vacíos y le doy uno a ella. Los llenamos cuando nadie nos ve y los escondemos cada quien en un bolsillo de la chaqueta. Después de la escuela seguimos el sendero arriba de la colina invernal de Mariaberget y llegamos a una banca con vista grandiosa a la ciudad.

Quitamos la nieve que la cubría y nos sentamos a pocos centímetros de distancia uno del otro. Me pregunto qué tan cerca puede uno sentarse junto a alguien más sin que se sienta raro.

-Recuerdas los juegos en la primaria, ahí en la escuela Skepparbacken?- me pregunta, señalando al viejo edificio gris verdoso.

-Claro!- contesto mientras recuerdo.

Los chicos tirábamos una pelota de tenis contra la pared y las chicas tenían un sistema complejo sobre cómo saltar en el patio de la escuela entre las líneas marcadas en el suelo.

Nos miramos y nos dimos cuenta que eso había sucedido hace mucho tiempo y que hacía frío afuera.

-Yo sé cómo entrar por la puerta de atrás- dice ella.

-En serio?- contesto y trato de no parecer demasiado inquieto.

-Entramos a calentarnos un poco?

Los niños y los profesores se han ido por el día de hoy y la escuela es completamente nuestra. Subimos corriendo las escaleras al segundo piso, justo como hacíamos unos años atrás pero en nuestra imagen del mundo ha pasado la mitad de una vida desde entonces.

Ahí en el techo vemos una puertita hacia lo desconocido, como esos calendarios navideños en Suecia que nos invitan a descubrir sorpresas día tras día; detrás de la puertita del primero de diciembre, un chocolate y detrás de la puertita del 24, mi regalo de navidad!

Y ahora ahí estaba, delante de nosotros, esta puertita que nadie tenía permiso de abrir y que asombrosamente nadie nunca abrió. Había llegado el momento. Me paro en una silla, abro la puertita, bajo la escalera y subo detrás de ella.

Como si nadie hubiera estado ahí en dos mil años vamos con cuidado entre baúles de tesoros y duelas crujientes. La luz de la redonda ventanita del ático ilumina las telarañas y el polvo que flota en el aire viciado, que nadie ha respirado desde generaciones atrás. Entre el olor a ropero viejo encontramos patines que podrían haber sido de mi abuela en los años 20 y mapas escolares de la época antes de que Alemania fuera dividida.

Escondido en una esquina atrás de un librero alguien ha decorado un pequeño cuarto. Hay una mesa pequeña, un sofá y una lámpara de piso que funciona. Sin decir nada nos sentamos en el sofá.

Como si hubiéramos llegado hasta aquí solo para que nuestra telepatía funcione. Ahora se trata de atreverse, mostrar, de no pensar en quién le quita la chaqueta a quién primero. Sus labios con los míos por primera vez. Su cabello suave en mis manos. El corazón saliéndose de mi pecho y la sangre hirviendo en mis venas.

La temperatura sube más y más, hiervo por dentro y siento que todo quema por fuera. Fuego. Las llamas refulgen de nuestras chaquetas con polvos "X y Y" a nuestro lado y volamos como pájaros asustados de su nido.

En un segundo el sofá relleno de paja se convierte en un gran fuego de Bengala y suena el timbre. El timbre que nos traslada entre dos mundos.

Estamos de regreso en la lección de química.

Nuestro profesor recolecta los frascos de vidrio y da por terminada la lección. Batas blancas, varillas de vidrio, tubos de ensayo y lentes de protección. Todo en su lugar.

A nuestros lockers y siguen los planes cotidianos del fin de semana. El mismo autobús con los mismos compañeros, la misma juventud, el mismo invierno en Västerås y dentro de mí, los mismos ardientes anhelos.

El siguiente lunes nos dijeron que los alumnos de la primaria de Skepparbacken fueron evacuados a Djäkneberget por un incendio inexplicable sobre el ático.

Chiquita

Me levanto cada día temprano a cantar
Cuánta alegría solo puedo pensar
En mi Chiquita
Y todo el día soñar

Mujer consejera, mi hombro amigo
Cómo quisiera
Escapar contigo
Chiquitita mi amor

Palpita corazón
Chiquitiqui chiquitita mi pasión
Chiquitiquitica chiquitita mi amor
Ah Chiquita Uh

Él que tiene pide más y quien no tiene es feliz
Con la sonrisa nada más y lo que cabe en un veliz
Así es la vida
De un hombre feliz

Acompáñame Chiquita hacia nuevas aventuras
Sonrisa bonita querida locura
Chiquita
Chiquitita mi amor

Se me esconde mi Chiquita y se me vuelve a aparecer
Soy tu marioneta querer o sin querer
Que me muevas
Y muéveme otra vez

Chiquitita por aquí chiquitita por allá
Todo para mí y para todos habrá
Una chiquita
Chiquitita mi amor